

# LA GUERRA HACE EL AMOR

Argelia Beatriz Gutiérrez Navarro (Perla)

*Lic. en Historia UAA, 8° semestre*

**E**n el contexto de la gesta independentista que inició el 16 de septiembre de 1810, una dama criolla se enamoró de un guerrillero peninsular de oscuros cabellos. La dama vivía en una hacienda cercana a la Ciudad de las Minas, donde una noche recibió la visita de su galán, de quien no había tenido noticia en varios días debido a la adversidad de la guerra. El joven golpeó con suavidad la ventana de su balcón, al cual había trepado gracias al árbol próximo. Sorprendida, de buena manera la dama le abrió de inmediato y lo invitó a pasar.

—Luisa, pensé que nunca volvería a veros —inició el guerrillero.

—Pero si tú fuiste quien se marchó.

—Necesitaba continuar mi campaña militar, pero falló en la toma de una villa.

—¿Y? José, yo me quedé triste por ti.

—Lo sé, cariño, lo sé. Por eso he venido. Ahora tengo un objetivo mayor, pero ya no quiero partir sin vos. Vení conmigo, por favor —invitó, ofreciéndole la mano.

—¿Por qué me haces esto? —preguntó, sin saber qué hacer.

—Porque yo a vos te amo, Luisa.

Aquellas palabras causaron un efecto de total entrega en la dama, quien cedió su mano al guerrillero. Salieron de la habitación y después de la hacienda. José se reunió con sus hombres, que se habían quedado en diversos hospedajes para evitar que los descubriesen al estar todos juntos. Les presentó a Luisa como su compañera y luego la montó en su caballo. La tropa subió a un cerro donde estableció un cuartel para su siguiente objetivo: la Ciudad de las Minas. Luisa, que la conocía bien, les compartió las rutinas de la guardia para facilitar el ataque.

Por fin llegó el 6 de octubre de 1817, la fecha estipulada para atacar la ciudad. Luisa, tal como lo había pedido José, se escondió en el templo

cercano a la mina de San Cayetano, mientras la ciudad se rendía. El tiempo corría y la dama se ponía cada vez más nerviosa. Ignoraba cuánto tiempo llevaba tomar una ciudad, pero una corazonada le decía que José y los suyos habían fallado. Por fin, cuando estuvo a punto de quedarse dormida en una de las bancas del templo, su guerrillero llegó agitado, tomó fuertemente su mano y la arrastró hacia afuera. Ambos corrían, aunque Luisa apenas si podía seguirle el paso.

—¿Qué es lo que pasa?

—No hay tiempo que perder, debemos escapar.

Sin ninguna objeción, Luisa siguió corriendo de la mano de su amado. Se adentraron a un cerro y se ocultaron dentro de unos matorrales. José indicó a la joven que no hiciese ningún ruido. Hubo un gran silencio y luego se escuchó el paso de una gran tropa. La dama temblaba de miedo mientras el guerrillero conservaba la calma. Cuando parecía que la tropa se había retirado por completo, José asomó ligeramente la cabeza y se volvió a esconder con rapidez.

—Ya no se ven, pero hay que esperar más —dijo susurrando. Luisa asintió.

Un momento más fue suficiente para que José saliese de su escondite. Revisó el perímetro y volvió hacia donde se escondía Luisa, a quien ayudó a levantarse, además de sacudirle las ramas y hojas que se habían atorado en su ropa.

—Ya se fueron —anunció aliviado.

—¿Te importaría darme una explicación? —interrogó Luisa, alteradísima.

—Volví a fallar, Luisa —admitió el guerrillero, con una mirada triste—. Y no solo no tomé la ciudad, sino que varios de mis hombres fueron capturados.

—Pero, ¿algunos lograron escapar? —Cuestionó preocupada. José asintió lentamente.

—Acordamos reunirnos en El Cervatillo. Vamos a replantear nuestra estrategia y a seguir intentando contactar al líder, Guadalupe Victoria.

—¿En ese rancho? ¿Por qué ahí? ¡Puedo ofrecerles mi hacienda!

—Entendé, cariño, que estamos haciendo movimientos realmente peligrosos y vuestra hacienda podría ser perjudicada si seguimos fracasando. Uno de mis hombres entabló amistad con el dueño del rancho, así que no tendremos problema en ser recibidos.

—Pero, José... ¿Es prudente?

—No sé si es prudente o no, pero es lo que debe hacerse. Tu virreinato merece libertad.

José tomó a Luisa de la mano para dirigirse al rancho, donde ya estaban los hombres que consiguieron fugarse. La noche estaba muy avanzada, incluso parecía que el amanecer se hallaba próximo. Todos se encontraban tan cansados que no pudieron iniciar el diseño de un nuevo plan, sino que se dispusieron a dormir. A Luisa se le concedió una habitación de invitados para ella sola; a José, la sala de la casa, y el resto de la tropa se repartió entre el establo, el granero y la cochera.

Cuando se levantaron, ya por la tarde, los varones iniciaron el diseño del plan. Acordaron que recuperarían fuerzas, reunirían vituallas y emprenderían la marcha hacia Veracruz para que fuese más fácil contactar al general Guadalupe Victoria. El plan quedó en iniciarse a mediados de noviembre y, hasta entonces, entrenarían para no volver a fracasar.

Pese a lo bien planeado del asunto, no contaban con que había un impostor entre ellos: uno de los hombres proporcionó datos a los realistas a cambio del indulto y una cuantiosa recompensa en monedas. De esta manera, apenas transcurridos unos días de noviembre, en el rancho se anunció la próxima llegada del ejército a favor de la Corona. El guerrillero se asustó, pero no dejó que el pánico se apoderase de sí, sino que acudió al encuentro de su compañera y se encerró con ella en el cuarto de lavandería de la casa. Ahí le explicó que estaban asediados por los realistas.

—No sé cómo supieron de nuestro paradero, pero temo que no podremos salir fácil de esta.

—¿No es imposible? ¡Di que no! —Pidió Luisa, pero el guerrillero calló.

No se dijeron nada en los siguientes momentos, pero alcanzaban a escuchar el gran escándalo provocado por la irrupción de los realistas. Por si fuera poco, había gritos de hombres llamando a José y amenazando con torturar a su tropa si no se aparecía pronto. El guerrillero estaba dudoso, pues sabía que, de encontrarlo, también verían a Luisa, y temía más por ella que por él mismo. Quiso salir de su escondite, pero el agarre en su brazo lo detuvo.

—Podemos esperar a que se retiren, José —murmuró la dama.

—Ellos no se irán si no me encuentran —afirmó el guerrillero.

—Pero te harán un daño inimaginable.

—En la guerra hay muchos peligros. Uno se juega la propia vida, pero siempre se tiene en mente a las personas que se intenta proteger.

—José...

—Sois la mujer de mi vida, Luisa —reconoció, para después situar sus labios sobre los de ella. Era un beso cálido, repleto de los sentimientos propios del cariño, la ternura, la devoción y el cuidado, pero que tenía una pizca de amargura causada por la angustia, la añoranza y el dolor de una separación, y es que también era un beso de despedida. Apenas pudieron pasar unos pocos segundos, cuando el guerrillero finalizó el beso y miró, por última vez, a su dama con toda la ternura del universo.

—Hasta siempre, mi cielo —se despidió y salió rápidamente.

Luisa se hizo bolita y dejó que las lágrimas corriesen por sus mejillas. Esperó impaciente a que no hubiese ruido alguno y fuese seguro salir de su escondite. Sin embargo, ni el silencio sepulcral que se formó pasado un buen rato la convencía de salir, hasta que el hambre comenzó a asecharla. Justo cuando estaba debatiéndose entre buscar comida o esperar más tiempo, algo distrajo sus pensamientos.

—“Yo no estimo hermosura que, vencida, es despojo civil de las edades, ni riqueza me agrada fementida...” —recitó una voz conocida. Luisa se sintió aliviada al escucharla y tuvo la suficiente confianza como para salir y completar el llamado.

—“...teniendo por mejor, en mis verdades, consumir vanidades de la vida que consumir la vida en vanidades...”

—Señorita Luisa, ¡está aquí! —Exclamó Magdalena, una de sus damas de compañía en su hacienda—. Todos estábamos muy preocupados por usted.

—Lo siento, no quería que se preocupasen por mí, yo solo quería...

—Sí, señorita, sé qué quería —interrumpió, pero antes de que pudiese añadir algo, el estómago de Luisa evidenció su falta de alimento—. Consigamos algo para que coma.

Entonces, caminaron hacia la cocina observando los restos de violencia en la casa: muchos muebles estaban destruidos y había uno que otro hilo de sangre. Al llegar a la cocina, esculcaron las alacenas y la dama pudo comer una pieza de pan que estaba milagrosamente intacta.

—Acompáñeme ahora, señorita, que los realistas nos esperan afuera —solicitó Magdalena.

—¿Siguen aquí?

—Sí, pero permanezca tranquila para que salgamos de esta. Tuve que mentir para que me dejaran entrar a buscarla, así que debe seguirme la corriente —explicó Magdalena, y después guio a Luisa hacia fuera de

la casa, donde había una buena cantidad de realistas. Uno de ellos, quien parecía tener el mayor rango, se acercó a las damiselas.

—¿Esa es su amiga, señorita? —preguntó mirando a Magdalena.

—Así es, coronel. Volveré a mi hogar con ella, gracias por permitirme buscarla.

—Regresen con cuidado —respondió el coronel, sonrió hacia ambas muchachas y ordenó la retirada del ejército. Después, ambas caminaron hacia un caballo atado a un poste. Luisa lo reconoció, ya que pertenecía a su hacienda. Las mozas subieron y emprendieron la ruta de vuelta a su morada.

—¿Cómo supiste que estaba ahí?

—No sabía, por eso declamé aquello en voz alta.

—Me refiero al rancho, ¿cómo supiste que estaba aquí?

—¡Ah, eso! Fue porque se corrieron los rumores de que el guerrillero peninsular José escapó al rancho El Cervatillo. Cuando llegué para buscarla, el lugar estaba rodeado por los realistas y les dije que el salvaje guerrillero había capturado a mi amiga y yo la estaba buscando.

—¿Y cómo te creyeron?

—Tuve que fingir que estaba del lado de la Corona, reafirmando mi posición de criolla, como usted. Eso y unas cuantas monedas de oro.

Luisa no supo qué más decir, así que simplemente miraba de un lado a otro el camino, observando los paisajes y al sol escondiéndose.

Cuando por fin llegaron a la hacienda, fueron recibidas por sus residentes, quienes querían detalles de lo acontecido, pero la dama fue incapaz de narrar lo que había sido de ella desde que escapó con José. En ese momento, preguntó a los demás por él; sin embargo, se formó un silencio incómodo. Luisa no tuvo que pensar mucho para saber lo que aquello significaba, pero una presencia adicional le confirmó su temor.

—Tuvo la suerte del traidor... fue fusilado por la espalda —reveló el inoportuno cocinero, que había ido al comedor para dejar una charola con pan.